

El caritativo pastor empleaba una parte de sus días en oír á los que tenían pleitos ó querellas, de las que le hacían árbitro, en lo cual ocupaba á veces días enteros, tanto que se veía obligado á rezar de noche el Oficio y los demás ejercicios espirituales. Oía tranquilamente lo que tenían que decirle las partes, sus abogados ó procuradores, sin quejarse nunca de verse contrariado en sus negocios, sin manifestar ningun disgusto y con un afecto igual con todos, que provenia del recogimiento de su espíritu en Dios. «Porque, decia, es preciso tratar los negocios de la »tierra con los ojos fijos en el cielo.» Luego decidia segun su conciencia, y los despedia á todos contentos. Esto lo refiere él mismo en una de sus cartas: «He estado ocupado »en arreglar algunos negocios, dice (1), y mi casa ha estado llena de pleitistas; pero los he arreglado tan bien »con la satisfaccion de ambas partes, que se han retirado »en paz y tranquilos.»

La caridad de Francisco de Sales no se limitaba á los vivos, sino que seguia á los muertos hasta mas allá del sepulcro, y no era menos tierna para ellos que durante su vida. «¡Ay! decia (2), no nos acordamos bastante de nuestros amados difuntos; su memoria parece perecer con el »sonido de las campanas, y nos olvidamos de que la amistad, que puede concluir con la muerte, no fué nunca verdadera: *L'amicicia che può finire, non fu mai vera*; y la »Escrítura misma nos enseña que el verdadero amor es »mas fuerte que la muerte (3). Decir mal de los muertos »es una inhumanidad comparable á la de las bestias feroces, que desentierran los cuerpos para devorarlos: decir »bien para escitarse á imitarlos, es cosa loable; pero »correrlos es cosa mejor aún, porque es como visitar á los »enfermos, es dar de beber á los que tienen sed de la vision de Dios; es alimentar á los hambrientos, es rescatar

(1) Carta CXV.

(2) *Espíritu de San Francisco de Sales*, p. II, sec. XV.

(3) Cantic. VIII, 6.

»á los prisioneros, vestir á los desnudos, y procurar la »hospitalidad en la Jerusalén celestial; es consolar á los »afligidos, enseñar al que ignora, hacer, en fin, todas las »obras de misericordia en una sola.» (1) Por esto no se olvidaba de rogar y ganar indulgencias por las almas del purgatorio, y recomendaba á sus penitentes esta práctica como muy agradable á Dios (2).

CAPITULO X.

Su dulzura (3).

La dulzura reasume en algun modo toda la vida de San Francisco de Sales, siendo esta virtud la que constituyó desde su infancia hasta su último suspiro su caracter distintivo. Si hizo tan grandes cosas, fué por el imperio de su dulzura; si convirtió á tantos pecadores y herejes, si elevó á la perfeccion á tantas almas justas, consoló tantos corazones afligidos, fué por la unción de su dulzura; si, en fin, los libros que compuso produjeron y siguen produciendo aún todos los días tanto fruto en la Iglesia, es porque la dulzura se manifiesta en todas sus páginas y parece haber escrito ella misma todos sus renglones.

Sin embargo, la dulzura no le era innata, si puede decirse así, siendo su temperamento muy sanguíneo, naturalmente vivo, impaciente, colérico (4), y diciéndonos él mismo, que siendo Obispo se dejó una vez llevar de su carácter. «No se debe nunca, escribe en su carta sobre »la predicacion (5), manifestar cólera predicando, como lo »hice el día de Nuestra Señora, cuando tocaron antes que »hubiese acabado, lo cual, añade, fue sin duda una de mis

(1) *Espíritu de San Francisco de Sales*, p. II, sec. XVI.

(2) *Año Santo de la Visitacion*, 2 de noviembre.

(3) Dep. de la santa Madre Chantal, art. 32, p. 107.

(4) Juan de S. Francisco, p. 383.

(5) Carta LXII.

»muchas faltas.» Otro dia, despues de haber sido insultado gravemente sin oponer una sola palabra á todas estas injurias, habiéndole preguntado su hermano si no habia sentido en sí ningun movimiento de indignacion: «¡Ah! sí, contestó, sentía hervir la cólera en mi cerebro como el agua que está en un vaso sobre el fuego.» (1) Pero á fuerza de exámenes de conciencia, continuados por espacio de veintidos años, á fuerza de vigilancia de combates y victorias sobre sí mismo, á fuerza, como él decia, «de tomar á su cólera por el cuello, de ahogarla y hollarla á sus pies,» logró dominar su genio, hasta llegar á ser, como Moisés, el mas dulce de los hombres de su tiempo, pudiendo decir, al saber que uno le acusaba de haberse encolerizado: «Soy un hombre miserable, sujeto á pasiones; pero por la gracia de Dios, desde que soy pastor nunca he dicho ninguna palabra apasionada de cólera á mis ovejas.» (2)

No tenia esa dulzura falsa que hace todo el gasto de la política mundana á costa de algunas palabras y ademanes graciosos, sino esa otra dulzura verdadera é ingénua que parte del corazon, y es como la flor de la caridad; esa dulzura que es buena porque ama, que llena el alma de ternura, de indulgencia y de misericordia, y que trasmite al exterior una gracia sencilla y sin violencia, un aire de cordialidad sabiamente templado, fruto de un santo afecto (3). No era tampoco esa reserva tímida y cortada, que no se disgusta porque no se atreve, y menos aún esa apática indiferencia que no se altera por nada, porque no siente nada; que no aborrece, porque no ama; y que siempre cede, porque todo le es igual; sino una dulzura llena de alma y de sentimiento, pero al mismo tiempo acompañada de modestia y gravedad, que descendia rara vez á las caricias; «porque, segun él decia, no se debe usar con fre-

(1) *Año Santo de la Visitacion*, 2 de setiembre.

(2) *Idem*, 17 de mayo.—Carta CCCLXXXIX.

(3) *Espíritu de San Francisco de Sales*, p. XII, sec. VIII; p. XI, sec. XXXII; p. X, sec. IX.

»cuencia de caricias, ni decir á cada paso palabras melosas, arrojándolas á puñados sobre el primero que se encuentra.» (1)

Era, en fin, una dulzura noble, digna y majestuosa, que llenaba á los que eran testigos de un espíritu religioso, en que el respeto y el amor tenian igual parte. «He conocido, dice Mr. de Belley (2), personas de clase, acostumbres á hablar con príncipes y princesas, que me han confesado se presentaban con mas compostura y atención delante del santo Obispo que de las mas altas dignidades de la tierra: tan llena de majestad estaba su dulzura.»

Esta virtud se manifestaba en su exterior por una benignidad de rostro, una afabilidad de maneras y una suavidad de lenguaje, que hacia agradable todo lo que hacia ó decia. «No creo, dice la santa Madre Chantal, que se pueda espresar con palabras aquella esquisita dulzura que Dios habia derramado en su alma, en su rostro, en sus ojos y palabras....» «No se ve nunca al Obispo de Ginebra, decia el Baron de Cuse, sino con un rostro tan dulce y suave, que derrama la devocion en el corazon.» Otro testigo añade (3): «Me parece que toda la mansedumbre que puede haber en un hombre estaba reunida en él; nunca podia cansarme de verle y de oírle, tan dulce y tan agradable era, no ejecutando nunca una accion, ni pronunciando una palabra que no estuviera toda empapada en la dulzura de nuestro Señor.» Esto era lo que arrancaba este grito al corazon de San Vicente de Paul: «¡Oh, Dios mio, si Monseñor de Ginebra es tan bueno, cuánto debeis serlo vos!»

Hay personas muy dulces en el trato ordinario de la vida, pero que, puestas á la prueba de la controversia y la disputa, se desmienten y dejan ver al hombre con sus vi-

(1) *Espíritu de San Francisco de Sales*, p. XV, sec. III.

(2) *Idem*, p. XIV, sec. XXIII.

(3) *Dep. de Lesmontex*.

vacidades. No sucedía así con nuestro santo. En sus disputas como en sus escritos contra los herejes, observaba siempre la moderación, la cortesía y las atenciones que prescribe la ciencia y las reglas de la caridad; siempre, en fin, aquella dulzura de lenguaje que dispone el corazón á recibir la verdad. Pensaba que el que se irrita hace su causa sospechosa; que la luz, que presentada por una mano delicada hiere á veces los ojos enfermos del hereje, le ciega infaliblemente cuando una mano imprudente se la arroja al rostro sin ninguna consideración; y que finalmente, siendo el orgullo el carácter propio de la herejía, la menor dureza que se desliza, agría, enfurece y es causa de que no tenga efecto la conversión (1). «La razón revestida de dulzura, tiene más fuerza y brillo; revestida por el contrario de cólera, pierde su lustre y fortaleza (2). Jamás se ha establecido la verdad sin la caridad, añadía (3), pero la impiedad hace todo lo contrario. Si se quitaran de los escritos de Calvino, de Zuinglio, de Lutero, de Beza, las injurias, las calumnias, las maledicencias, las risas y las bufonadas que han escrito contra el Papa, la silla de San Pedro y los católicos, se vería que sus volúmenes son muy pequeños.»

El principal deseo de este ángel de dulzura, era que todos los que acudían al palacio fueran acogidos con bondad, sin distinción de personas; y sus criados tenían orden de no despedir nunca á nadie, á menos que negocios indispensables no hicieran su recepción enteramente imposible, en cuyo caso la despedida era tan buena y tan cordial que quedaban alentados para volver. Introducidos en su presencia, recibía á todos con afabilidad, los oía con paciencia, como si no tuviera otra cosa que hacer, y derramaba tanta suavidad en los corazones, que se consideraba una gran dicha tener ocasión de ir á hablarle. Si es

(1) Dep. de Favre.

(2) El P. la Riviere, p. 570.

(3) Meditaciones de la Madre Chaugy.

con personas de consideración les hacía grandes honores, y las nombraba con los títulos que más les lisonjaban. «Porque, decía, como no hay nadie que se ocupe menos de los honores que yo, no hay tampoco nadie que quiera hacerlos más á los otros.» Habiéndole sucedido un día tratar con mucha distinción al simple criado de un caballero, se lo hicieron notar. «Es, contestó, que no sé hacer distinción de personas, y solo considero una cosa en ellas, á saber, que todos llevan el carácter de cristiano.» En su conversación no contradecía á nadie, mientras el deber le permitía callar, y si le era necesario oponer la verdad al error emitido, lo hacía con dulzura y destreza, sin querer parecer violentar á su contrario; «porque, decía, no se gana nada tomando las cosas con aspereza (1).»

Atraídos por tanta bondad, las visitas parecían multiplicarse cada día, rodeándole sin cesar; y él, sin sentirse importunado, conservaba su dulzura y su paz. «Son, decía, hijos que corren al seno de su padre, y así como jamás una gallina se disgusta cuando sus polluelos corren todos á la vez á ponerse bajo sus alas, sino que estiende por el contrario lo más que puede sus alas maternas para cubrirlos á todos; así mi corazón me parece también que se dilata á medida que el número de mis amados hijos se aumenta en derredor mio.»

Entre esta multitud se encontraban frecuentemente grandes pecadores y á veces aun apóstatas, que acudían alentados por su bondad á arrojarse en sus brazos, y estos eran los que acogía de mejor corazón, conforme con su máxima de que se debe estar lleno de indignación contra el mal para nunca permitírsele, pero lleno de dulzura y de conmiseración para con el prójimo que lo ha cometido. Los estrechaba contra su corazón con una ternura maternal. «Venid, mis queridos hijos, les decía, venid para que os abrace y os ponga en mi corazón. Dios y yo os asistiremos con confianza.»

(1) *Espíritu de San Francisco de Sales*, p. XII, sec. XIV.

A veces algunos de sus amigos se escandalizaban de este proceder, y le hacian algunas reconvenciones. «Ciertamente, dijo un dia uno de ellos (1), Francisco de Sales irá al cielo, pero en cuanto al obispo de Ginebra, no sé; me temo mucho que su dulzura le juegue una mala pasada.—¡Ah! contestó, vale mas tener que dar cuenta de demasiada dulzura que de demasiada severidad (2). ¿No es Dios todo amor? Dios Padre, es el Padre de las misericordias; Dios Hijo, se llama un cordero; Dios Espíritu Santo, se muestra bajo la forma de una paloma, que es la misma dulzura. Si hubiera alguna cosa mejor que la benignidad, Jesucristo nos la hubiera enseñado; y sin embargo no nos da á aprender de Él mas que dos lecciones; la mansedumbre y la humildad de corazon. ¿Me quereis pues impedir que aprenda la leccion que Dios me ha dado, ú os creéis mas sábio que Dios?—Pero, le decian, son apóstatas, hombres perdidos, indignos de vuestras caricias:» á cuyas palabras su corazon se oprimia de dolor con los ojos fijos en el cielo, exclamando: «¡Ay, solo Dios y yo amamos á estos pobres pecadores! Quieren que los trate con dureza porque son pecadores, como si por eso mismo no fueran mas dignos de compasion y de ternura. Quieren que olvide que son mis ovejas, y que rehuse mis lágrimas á los que Jesucristo ha dado toda su sangre; y ¿con quién usaré yo de misericordia sino con los pecadores? No, no tengo el corazon tan duro que sea capaz de tratar con rigor á mis hijos. Vendrá un dia quizás en que se cambiarán en corderos, y serán mas santos que nosotros. Si Saulo hubiera sido rechazado, Pablo no hubiera existido. Dios quiere enviármelos para que los cure; ¿y quereis que rehuse esto á Dios? Bien sé que soy su Obispo, pero quiero mejor mostrarles que soy su padre. El que ame el rigor que se aleje de mí, porque no quiero tenerlo.»

(1) El P. la Riviere, p. 481.

(2) *Espíritu de San Francisco de Sales*, p. XIV, s. XXXII.

Tanta bondad determinaba á los pecadores á depositar la carga de sus conciencias en el seno del hombre de Dios; y entonces era cuando su corazon se deshacia mas aún en dulzura. Les instaba por medio de dulces insinuaciones á decirlo todo; y cuando la confesion estaba terminada, los consolaba y alentaba. Un dia que hablaba así con una grande efusion de ternura á un penitente, que acababa de hacerle la humilde confesion de los desórdenes de su juventud: «Sin duda, le dijo este, la compasion os hace hablarme así, pero en el fondo de vuestra alma, no podeis menos de despreciarme.—Sería muy culpable, contestó el santo Obispo, si despues de tan buena confesion os tuviese aún por pecador; os considero por el contrario mas blanco que la nieve, semejante á Naaman al salir del Jordan. Os amo como á mi hijo, porque mi ministerio acaba de haceros renacer á la gracia; y os estimo tanto como os amo, porque de un vaso de ignominia que érais, os habeis trasformado en un vaso de honor y santidad. ¡Oh, cuánto amo vuestro corazon ahora que ama tanto á Dios!» (1)

Interrogado poco despues por una penitente que le habia hecho la confesion de una vida muy licenciosa: «Os miro ahora como á una santa, le dijo.—Pero, repuso ella, vuestra conciencia os dice lo contrario.—No, replicó, os hablo segun mi conciencia; antes de vuestra confesion sabia de vos cosas muy desagradables que se repetian en el mundo, lo cual me afligia tanto por la ofensa de Dios como por interés de vuestra reputacion, que no sabia cómo defender; pero ahora ya tengo que responder á lo que puedan decir contra vos.—Pero, padre mio, el pasado queda siempre cierto.—De ningun modo; si los hombres os juzgan como el fariseo juzgaba á santa Magdalena despues de su conversion, tendreis á Jesucristo y á vuestra conciencia por defensores.—Pero en fin, vos mismo, padre mio, ¿qué pensais del pasado?—Os aseguro que

(1) *Espíritu de San Francisco de Sales*, p. X, sec. XI.

»nada, porque ¿cómo quereis que mi pensamiento se de-
 »tenga sobre lo que no es ya nada delante de Dios? ¿Cómo
 »hacer para no pensar en nada, sino dejar de pensar ab-
 »solutamente? Yo no pensaré mas que en alabar á Dios y
 »en celebrar la fiesta de vuestra conversion. Sí, quiero
 »celebrar esta querida fiesta con los ángeles del cielo que
 »se alegran de la mudanza de vuestro corazon.» Y como al
 decir todo esto tenia el rostro bañado en lágrimas: «¿Llo-
 »rais sin duda por la abominacion de mi vida? le dijo la
 »penitente.—¡Oh! no, contestó el santo prelado, lloro de
 »alegría por vuestra resurreccion á la vida de la gra-
 »cia.» (1)

Tan dulce en todas las acciones de su vida como en el
 tribunal de la penitencia, nunca Francisco mandaba, ni
 aun á los que estaban bajo su obediencia, sino como por
 modo de súplica ó insinuacion, y nunca reprendia á nadie
 sino por medio de dulces demostraciones, ó con un silen-
 cio mas significativo aún que las palabras (2). Un dia en
 que le reconvenian por no haber reprendido severamente
 á un joven que habia ultrajado y aun golpeado á su ma-
 dre, y que lo habian llevado á él para que lo hiciera co-
 nocer lo grande de su falta: «Qué quereis, contestó, he
 »hecho lo posible por armarme de una cólera que no pe-
 »case, y para deciros verdad, he temido perder en un
 »cuarto de hora la poca dulzura que he trabajado en reu-
 »nir hace veintidos años, gota á gota como el rocío, en el
 »vaso de mi pobre corazon, á la manera que una abeja
 »tarda varios meses en hacer un poco de miel que un hom-
 »bre consume de un bocado; además, ¿de qué sirve hablar
 »á quien no lo entiende? Este jóven no estaba en estado
 »de aprovecharse de mis reprensiones, porque la mala
 »disposicion de su corazon le habia quitado la razon y el
 »juicio; una correccion amarga no le hubiera servido de
 »nada y me hubiera perjudicado á mí mismo, que hubiera

(1) *Espíritu de San Francisco de Sales*, p. III, sec. XXXVIII.

(2) *Idem*, p. VII, sec. XI.

»hecho como aquellos que se ahogan queriendo salvar á
 »los otros.» (1)

Esta dulzura daba al santo Obispo tanto imperio sobre
 los corazones, que, salvo algunos génius escepcionales,
 como el del hijo desnaturalizado de que acabamos de ha-
 blar, hacia de todos lo que queria y nadie podia resistirle.
 Como condescendia gustoso á los deseos de cada uno, to-
 dos tambien á su vez se rendian á los suyos, y se conside-
 raban felices en poderle agradar. Un dia en que disputa-
 ban delante de él dos hombres con estremada violencia,
 los miró con bondad á uno despues de otro, acompañando
 esta mirada de algunas palabras de paz; y esto fué bas-
 tante para que, calmados y vencidos con su dulzura, se
 abrazasen el uno al otro. «Confieso ingénuamente, dice
 »Mr. de Belley (2), que tenia tanto placer en hacer algu-
 »na cosa que le fuera agradable, que cuando me manifes-
 »taba estar contento con lo que habia hecho, daba con la
 »cabeza en las estrellas.... y he conocido personas que se
 »estremecian cuando se acercaba á ellas, no por el temor
 »de desagradarle, porque nadie le desagradaba por desa-
 »gradable que fuese, sino por el temor de no agradarle
 »bastante.»

Por esta razon recomendaba constantemente la dulzura
 en el gobierno de los hombres. «El espíritu humano es
 »así, decia; se resiste al rigor; todo por dulzura, nada por
 »fuerza; la dureza pierde todo, ágría los corazones, en-
 »gendra el ódio, y el bien que hace, lo hace de tan mala
 »gana que no se le agradece. La dulzura, por el contra-
 »rio, maneja el corazon del hombre á su voluntad y lo
 »modela segun sus designios.» (3) De ahí estos proverbios
 que tenia con frecuencia en la boca: «Jamás el azúcar
 »echó á perder las salsas, pero en cambio, estas se pierden
 »á menudo por demasiada sal. En las buenas ensaladas se

(1) *Espíritu de San Francisco de Sales*, p. I, sec. XXV.

(2) *Idem*, p. XIV, sec. XXIII.

(3) *Idem*, p. VII, sec. XI; p. X, sec. III.

»debe poner mas aceite que vinagre. Bienaventurados los
 »corazones blandos, porque ellos no se romperán (1). Bien-
 »aventurados los hombres dulces, porque ellos poseerán la
 »tierra; es decir, que serán dueños de los corazones, y to-
 »das las voluntades estarán en sus manos. Es preciso, aña-
 »dia, obrar en las almas como hacen los ángeles, por me-
 »dio de movimientos graciosos y sin violencia (2). Es ne-
 »cesario atraerlas, pero del mismo modo que los perfumes,
 »que no tienen otro poder para atraer que la suavidad; y
 »¿cómo puede atraer la suavidad sino suavemente? Es pre-
 »ciso, en fin, imitar el ejemplo de Jesucristo, que mante-
 »niéndose á las puertas de los corazones insta para que le
 »abran, pero sin forzarlos nunca.» (3)

El teatro mas ordinario de su dulzura era la cárcel del obispado, donde, segun la disciplina de la época, se encerraba á los eclesiásticos que daban algun escándalo. Cuando estos podian conseguir hablarle, alcanzaban casi siempre su gracia, no pudiendo su corazon tan bueno resistir á sus instancias; pero lo mas frecuente era que ántes los hubiese convertido con el ascendiente de su dulzura. Habiendo uno de ellos pedido con lágrimas una audiencia con el santo Obispo, los oficiales de la prision rehusaron primero acceder á sus ruegos, considerando que su falta merecia un castigo ejemplar; pero por fin, cediendo á sus instancias le presentaron á Francisco, y al punto el culpable se arrojó á sus piés, pidió misericordia y prometió cambiar de vida. «¡Ah! soy yo, contestó el santo Obispo cayendo á su vez de rodillas ante su prisionero, soy yo quien os ruega, por la misericordia de Jesucristo, que tengais compasion de mí y de todo el clero de esta diócesis, de la Iglesia y de la religion, que comprometéis con vuestra conducta, de vos mismo y de vuestra alma, que perdeis por toda la eternidad. Os lo pido por

(1) *Espíritu de San Francisco de Sales*, p. III, sec. XXIII.

(2) Carta de la santa Madre Chantal, 14 de octubre de 1604.

(3) *Espíritu de San Francisco de Sales*, p. VII, sec. XI.

»todo lo que hay de mas sagrado en el cielo y en la tierra,
 »por la sangre de Jesucristo que hollais con vuestros piés,
 »por el amor del Salvador que crucificais de nuevo, por
 »el espíritu de gracia al que haceis ultraje. Reconciliaos,
 »reconciliaos con Dios por medio de una sincera peniten-
 »cia.» Estas dulces palabras movieron tan vivamente al culpable, que desde entonces cambió de vida y fué un modelo de sacerdotes (1).

Habiendo pedido tambien otro una audiencia, los oficiales no quisieron consentir en ello, y sabiéndolo el santo Obispo: «Puesto que le prohibís, les dijo, que venga á mí, no me impedireis á mí que vaya á él; puesto que no quereis que salga de la prision, yo iré á buscarle á ella.» Fué en efecto, y viendo á aquel pobre hombre á sus piés, le levantó, le estrechó en sus brazos, le besó afectuosamente con lágrimas, y volviéndose á los oficiales: «¿No sabeis, les dijo, que Dios ha perdonado á este hombre? Y si Dios lo justificó, ¿quién le condenará? No seré yo el que lo haga.... Id, hermano mio, dijo al culpable, id en paz y no pequeis mas.... conozco que estais verdaderamente arrepentido.—Os engaña, le dijeron los oficiales, es un hipócrita.—Si me engaña, dijo el santo prelado, se hace á sí mismo mas daño que á mí; pero le creo sinceramente arrepentido, y consiento en ser fiador suyo.—Monseñor, dijo el recluso deshecho en llanto, estoy dispuesto á recibir la penitencia que quieran imponerme, cualquiera que ella sea, pues por grande que sea igualará á mi dolor por haber pecado, y hago libremente dimision de mi beneficio si así lo juzgais conveniente.—Lo sentiria mucho, replicó Francisco, tanto mas cuanto que espero que el campanario que al caer derribó la iglesia con su escándalo, una vez reedificado la adornará en adelante.» La prediccion del santo Obispo salió cierta, deduciendo de aquí esta memorable consecuencia: «Que

(1) *Espíritu de San Francisco de Sales*, p. II, sec. X.